

Desde el viernes se encuentra en Chillán el intendente propietario de la provincia, señor García Rodríguez. (Discusión del 16.)

CONCEPCION.

COMERCIO.—Bastante animación comercial se ha notado en este mes, si bien menos que otros años por la misma época.

Los herederos alegan que la mencionada señora no estaba en su sano juicio cuando testó a favor de esa persona, obrándolos de sus padres. (El Sur del 18.)

UNO DE LOS HACENDADOS mas respetables de Collipulli escribe los siguientes hechos: «Por este mundo de robos y salteos, no hai mas de nuevo que lo que tienen rocos para sembrar, no los han podido quemar por las lluvias y ya no lo pueden hacer porque no prenden. Don Roberto Bodadilla se queda con 200 cuadras y yo con mas de 100.»

La cosecha de montaña ha producido un 15 por una y la de Collipulli (de la zona), según todos los informes que hemos tomado de la venta pose, ninguno ha cosechado mas de 7 u 8 por una; pero si usted va a preguntar a los nobles, le dirán el 15 u 20.

Los establecimientos de elaboración de madeiras, están en una total paralización por falta de pecosa; el único que trabaja y no ha detenido su labor en la cosecha, es el de don Rodolfo Martínez. (La Revista del Sur del 18.)

En el grupo de las damas de honor se hallan reclutadas y confundidas: la princesa Sofia Schtcherbatov, la princesa Luisa Golitzine, la princesa Catalina Dolgouzkow, la mariscalisa princess Baristatvitch, etc., etc.

Después se halla la baronesa Maria de Baudeleg, que renne las dos funciones de dama de palacio en la corte de la gran duquesa Maria Pawlowna y dama de honor de la emperatriz; y last but not least, la condesa Sofia Jostoy una de las honas de San Petersburgo y muy influyente por el gran número de amigos que tiene entre los altos personajes.

Esta brillante velada, terminó con una de esas cenas que solo se ven en la corte de esas cortes, entre los adornos mas orinales, realista sobre todo los narajares y palmiras, que se colocan en fila, y de tan inmensa altura, que esta larga línea de verdura proyecta agradable sombra sobre las cabezas de los convidados. Se creyera estar en un jardín oriental del palacio de Haroun al-Khanshild, Durante toda la cena, la orquesta de la corte hacia oír sus arrebatadoras melodías.

El vice-almirante Pusino y el contra-almirante, baron de Schilling, agregados a la casa del gran duque Alexis Alexandrovitch, mantienen agradable conversacion con Mme. Pilar de Pilehan, gran dama de honor de la mas joven de las altezas imperiales, la gran duquesa Serge.

Entre las hileras de sillas, de pie, o yendo y viniendo, están los invitados que esperan la llegada de la corte. Todos los dignatarios de las ordenes civil y militar, se hallan presente con sus señoras, y con ellas las damas del gran mundo entre las cuales se hacen notar la princesa Maria Wizienki y la hermosa condesa de Beunhamais, mujer del principe de Seuchtemberg.

De repente, se oyen por diversos lados muchos ¡Ohit! ¡Ohit!

Aparece el principe Troubetskov, gran mariscal de la corte. Los músicos de la orquesta, vestidos con el uniforme de gala, rojo y oro, entonan una marcha triunfal, y la corte hace su entrada por la gran puerta del centro.

Primero avanzan los grandes puerodornos de la corte, conde E. Sievras, principes Sagarine y Galitzine; los chambelanes, condes Khepovitch, y Narychikine. Después los sencillos hombres de cámara, llevando el uniforme de gala de paño verde oscuro, en el cual toda la pechera está cubierta de un bordado de oro imitando las plumas de un pájaro. El cuello alto está bordado de igual manera. El pantalón blanco galoneado de oro; traje de seda, recargado y poco elegante.

El Czar lleva el uniforme verde oscuro de los generales rusos cubierto de trenucillas y bordados de oro. El pantalón, igualmente oscuro, es ligeramente ancho, a la rusa. En la cabeza un gorro de piel blanco. Este traje, bastante original, lo ha adoptado el Czar después de su adelantamiento al trono.

Los grandes duques llevan el uniforme de sus regimientos. El gran duque Vladimir, el de general de infantería. Es casi igual al del emperador. El gran duque Alexis, el de los almirantes rusos, azul oscuro con galones de plata. Este magnifico con su belleza varonil. El gran duque Sergio viste el uniforme de los condes de los Cazadores de la Guardia, es jefe del 2.º batallón; su uniforme es verde, bordado de oro.

El Emperador y los grandes duques llevan, ademas de la cruz de San Jorge, el cordón azul del Águila Blanca, el cordón Rojo de San Alejandro Nevski y la cinta roja listada de negro de la orden de San Vladimir.

La condesa de San Maistaid y de las altezas imperiales, con su varia confusión de uniformes de diversos colores, llenos de bordados de oro y plata, presentaban un deslumbrador golpe de vista.

Todo el mundo se inclina profundamente. Las estatuas colosales del Ozar y los grandes duques dan todavia mayor gracia y encanto a la sonriente emperatriz. La zarina, sin ser bella en un todo, llega a parecer por sus ojos grandes, brillantes y siempre sonrientes. Tiene un aspecto tal de luminosa juventud que se la creyera solo hermana del emperador que zarovitch Nicolas Alexandrovitch, su hijo mayor, de 17 años de edad. El joven principe viste el uniforme de los guardias de Volhania. Es el abate (jefe) de todas las tropas osacas. Este adolecente tiene mucho mas parecido con la familia real de Dinamarca, que con la poderosa raza de los grandes duques.

El vestido de la emperatriz, de una riqueza inaudita, es de raso ceras guarnecido de pieles de zibelin de un precio fabuloso. El velo desciende nebuloso de una diadema encantadora. El cuello, los brazos, el pecho, y aún la cintura, no son sino una cascada de diamantes. Hasta la orla de su vestido está sembrado de ellos. Se dice que el día de su coronación, la Czarina llevaba como treinta millones en pedrerías sobre su persona.

En seguida vienen Maria Pawlowna y Elisabeth Fedorovna, esposas de los grandes duques Vladimir y Sergio. La belleza de estas dos encantadoras jóvenes forman un contraste notable.

Una magnífica con su riqueza de formas, la otra repleta de los encantos del espíritu; aquella en la plenitud de sus vida, tiene treinta y dos años, esta apenas salida de la adolescencia.

Maria Pawlowna, lleva un maravilloso traje verde mar, obra maestra de Worth. Toda la delantera del vestido está bordada con piedras verdes, la cola del vestido es de damasco agua del Nilo. Las esmeraldas que hai allí forman una cascada de fuego. La princesa es fuerte, grande, sobria aun cuando la nariz sea ligeramente arregamada como la de la emperatriz y falte a sus rasgos una regularidad perfecta.

Elisabeth Fedorovna, de rostro tan correcto como el de una estatua de Fidias, o como una de esas imágenes pálidas de los milisales de la Edad Media, está vestida enteramente de negro. No se liase notar sino por los ojos, sus grandes ojos en los cuales brilla una llama conmovedora, albergue de la inteligencia y el pensar. Se dijera que esas fiestas le hacen daño y en ellas, apesar de la sencillez de su vestir, es el objeto de las miradas de todos. Da un ligero paso en falso, su escudero, el conserjero de corte, Martinov levanta un instante la pesada cola para desembarazar los pequeños pies de la joven princesa. Elisabeth Fedorovna, contrasta notablemente con la emperatriz que con dieciséis años mas que ella, anda siempre alegre, risueña, y lista para colgarse del brazo de un caballero de su agrado, y valsar durante dos horas sobre el piso suave del Palacio de invierno o de Natheina.

La Zarina y las grandes duquesas llevan en suspa la cinta roja listada de plata de la orden de Santa Catalina.

Los negros de la corte de Rusia, guardias heidnocs—particularidad muy estraña y pitoresca, se destacan como estatuas gigantes de ébano sobre el foudo de la sala. Georgianos jiguales, vestidos con sus trajes caucasicos guardan todas las salidas.

No hai mas de doscientas personas en esta escogida fiesta. El Emperador al pasar delante de los convidados habla poco. Es lacónico. Mientras que por el contrario la Czarina graciosa y amable conversa largamente con aquellos que conoce, el Czar se ve obligado a conversar a su mujer y deja ver en esos instantes lijeros movimientos de impaciencia.

Al comenzar el círculo, el cuerpo diplomático se halla a la derecha de los sobornados que la sociedad rusa al otro lado. En el círculo diplomático es particularmente honrado por sus Majestades, el general Appert, embajador de Francia. La emperatriz le habla a cada instante. El general Appert conversa largamente con el general de Schweinitz, embajador de Alemania, y el conserjero de valse preferido por la Zarina.

Los que están cerca de ellos han creído oír algunas palabras que indican que conversan de la eterna cuestion de los Balcanes, el estruendo de hoy día, y tambien de la carta del principe Alfredo, que según se dice llevó al Czar el general Knulbars, adicto militar de Viena.

Se puede desmentir enérgicamente todos los dichos fantásticos de una reconciliacion completa entre el Czar y el principe de Bulgaria. A lo mas, hai disposiciones induljentes por parte del Czar, apesar de la carta encuatorada enviada por el principe de Bulgaria a la Czarina para desearle felicidad en el nuevo año.

Ha sido tambien muy comentada en los círculos diplomáticos la lijera contrariedad que sufreria la Rusia por las relaciones entre Alemania y el Vaticano, y se habla mucho del envío a Rusia de M. Bouterneff con el fin de reanudar las relaciones de la Santa Sede con Rusia.

Esta brillante velada, terminó con una de esas cenas que solo se ven en la corte de esas cortes, entre los adornos mas orinales, realista sobre todo los narajares y palmiras, que se colocan en fila, y de tan inmensa altura, que esta larga línea de verdura proyecta agradable sombra sobre las cabezas de los convidados. Se creyera estar en un jardín oriental del palacio de Haroun al-Khanshild, Durante toda la cena, la orquesta de la corte hacia oír sus arrebatadoras melodías.

El vice-almirante Pusino y el contra-almirante, baron de Schilling, agregados a la casa del gran duque Alexis Alexandrovitch, mantienen agradable conversacion con Mme. Pilar de Pilehan, gran dama de honor de la mas joven de las altezas imperiales, la gran duquesa Serge.

Entre las hileras de sillas, de pie, o yendo y viniendo, están los invitados que esperan la llegada de la corte. Todos los dignatarios de las ordenes civil y militar, se hallan presente con sus señoras, y con ellas las damas del gran mundo entre las cuales se hacen notar la princesa Maria Wizienki y la hermosa condesa de Beunhamais, mujer del principe de Seuchtemberg.

De repente, se oyen por diversos lados muchos ¡Ohit! ¡Ohit!

Aparece el principe Troubetskov, gran mariscal de la corte. Los músicos de la orquesta, vestidos con el uniforme de gala, rojo y oro, entonan una marcha triunfal, y la corte hace su entrada por la gran puerta del centro.

Primero avanzan los grandes puerodornos de la corte, conde E. Sievras, principes Sagarine y Galitzine; los chambelanes, condes Khepovitch, y Narychikine. Después los sencillos hombres de cámara, llevando el uniforme de gala de paño verde oscuro, en el cual toda la pechera está cubierta de un bordado de oro imitando las plumas de un pájaro. El cuello alto está bordado de igual manera. El pantalón blanco galoneado de oro; traje de seda, recargado y poco elegante.

El Czar lleva el uniforme verde oscuro de los generales rusos cubierto de trenucillas y bordados de oro. El pantalón, igualmente oscuro, es ligeramente ancho, a la rusa. En la cabeza un gorro de piel blanco. Este traje, bastante original, lo ha adoptado el Czar después de su adelantamiento al trono.

Los grandes duques llevan el uniforme de sus regimientos. El gran duque Vladimir, el de general de infantería. Es casi igual al del emperador. El gran duque Alexis, el de los almirantes rusos, azul oscuro con galones de plata. Este magnifico con su belleza varonil. El gran duque Sergio viste el uniforme de los condes de los Cazadores de la Guardia, es jefe del 2.º batallón; su uniforme es verde, bordado de oro.

El Emperador y los grandes duques llevan, ademas de la cruz de San Jorge, el cordón azul del Águila Blanca, el cordón Rojo de San Alejandro Nevski y la cinta roja listada de negro de la orden de San Vladimir.

La condesa de San Maistaid y de las altezas imperiales, con su varia confusión de uniformes de diversos colores, llenos de bordados de oro y plata, presentaban un deslumbrador golpe de vista.

Todo el mundo se inclina profundamente. Las estatuas colosales del Ozar y los grandes duques dan todavia mayor gracia y encanto a la sonriente emperatriz. La zarina, sin ser bella en un todo, llega a parecer por sus ojos grandes, brillantes y siempre sonrientes. Tiene un aspecto tal de luminosa juventud que se la creyera solo hermana del emperador que zarovitch Nicolas Alexandrovitch, su hijo mayor, de 17 años de edad. El joven principe viste el uniforme de los guardias de Volhania. Es el abate (jefe) de todas las tropas osacas. Este adolecente tiene mucho mas parecido con la familia real de Dinamarca, que con la poderosa raza de los grandes duques.

El vestido de la emperatriz, de una riqueza inaudita, es de raso ceras guarnecido de pieles de zibelin de un precio fabuloso. El velo desciende nebuloso de una diadema encantadora. El cuello, los brazos, el pecho, y aún la cintura, no son sino una cascada de diamantes. Hasta la orla de su vestido está sembrado de ellos. Se dice que el día de su coronación, la Czarina llevaba como treinta millones en pedrerías sobre su persona.

En seguida vienen Maria Pawlowna y Elisabeth Fedorovna, esposas de los grandes duques Vladimir y Sergio. La belleza de estas dos encantadoras jóvenes forman un contraste notable.

Una magnífica con su riqueza de formas, la otra repleta de los encantos del espíritu; aquella en la plenitud de sus vida, tiene treinta y dos años, esta apenas salida de la adolescencia.

Maria Pawlowna, lleva un maravilloso traje verde mar, obra maestra de Worth. Toda la delantera del vestido está bordada con piedras verdes, la cola del vestido es de damasco agua del Nilo. Las esmeraldas que hai allí forman una cascada de fuego. La princesa es fuerte, grande, sobria aun cuando la nariz sea ligeramente arregamada como la de la emperatriz y falte a sus rasgos una regularidad perfecta.

Elisabeth Fedorovna, de rostro tan correcto como el de una estatua de Fidias, o como una de esas imágenes pálidas de los milisales de la Edad Media, está vestida enteramente de negro. No se liase notar sino por los ojos, sus grandes ojos en los cuales brilla una llama conmovedora, albergue de la inteligencia y el pensar. Se dijera que esas fiestas le hacen daño y en ellas, apesar de la sencillez de su vestir, es el objeto de las miradas de todos. Da un ligero paso en falso, su escudero, el conserjero de corte, Martinov levanta un instante la pesada cola para desembarazar los pequeños pies de la joven princesa. Elisabeth Fedorovna, contrasta notablemente con la emperatriz que con dieciséis años mas que ella, anda siempre alegre, risueña, y lista para colgarse del brazo de un caballero de su agrado, y valsar durante dos horas sobre el piso suave del Palacio de invierno o de Natheina.

La Zarina y las grandes duquesas llevan en suspa la cinta roja listada de plata de la orden de Santa Catalina.

Los negros de la corte de Rusia, guardias heidnocs—particularidad muy estraña y pitoresca, se destacan como estatuas gigantes de ébano sobre el foudo de la sala. Georgianos jiguales, vestidos con sus trajes caucasicos guardan todas las salidas.

No hai mas de doscientas personas en esta escogida fiesta. El Emperador al pasar delante de los convidados habla poco. Es lacónico. Mientras que por el contrario la Czarina graciosa y amable conversa largamente con aquellos que conoce, el Czar se ve obligado a conversar a su mujer y deja ver en esos instantes lijeros movimientos de impaciencia.

Al comenzar el círculo, el cuerpo diplomático se halla a la derecha de los sobornados que la sociedad rusa al otro lado. En el círculo diplomático es particularmente honrado por sus Majestades, el general Appert, embajador de Francia. La emperatriz le habla a cada instante. El general Appert conversa largamente con el general de Schweinitz, embajador de Alemania, y el conserjero de valse preferido por la Zarina.

Los que están cerca de ellos han creído oír algunas palabras que indican que conversan de la eterna cuestion de los Balcanes, el estruendo de hoy día, y tambien de la carta del principe Alfredo, que según se dice llevó al Czar el general Knulbars, adicto militar de Viena.

Se puede desmentir enérgicamente todos los dichos fantásticos de una reconciliacion completa entre el Czar y el principe de Bulgaria. A lo mas, hai disposiciones induljentes por parte del Czar, apesar de la carta encuatorada enviada por el principe de Bulgaria a la Czarina para desearle felicidad en el nuevo año.

Ha sido tambien muy comentada en los círculos diplomáticos la lijera contrariedad que sufreria la Rusia por las relaciones entre Alemania y el Vaticano, y se habla mucho del envío a Rusia de M. Bouterneff con el fin de reanudar las relaciones de la Santa Sede con Rusia.

Esta brillante velada, terminó con una de esas cenas que solo se ven en la corte de esas cortes, entre los adornos mas orinales, realista sobre todo los narajares y palmiras, que se colocan en fila, y de tan inmensa altura, que esta larga línea de verdura proyecta agradable sombra sobre las cabezas de los convidados. Se creyera estar en un jardín oriental del palacio de Haroun al-Khanshild, Durante toda la cena, la orquesta de la corte hacia oír sus arrebatadoras melodías.

El vice-almirante Pusino y el contra-almirante, baron de Schilling, agregados a la casa del gran duque Alexis Alexandrovitch, mantienen agradable conversacion con Mme. Pilar de Pilehan, gran dama de honor de la mas joven de las altezas imperiales, la gran duquesa Serge.

Entre las hileras de sillas, de pie, o yendo y viniendo, están los invitados que esperan la llegada de la corte. Todos los dignatarios de las ordenes civil y militar, se hallan presente con sus señoras, y con ellas las damas del gran mundo entre las cuales se hacen notar la princesa Maria Wizienki y la hermosa condesa de Beunhamais, mujer del principe de Seuchtemberg.

De repente, se oyen por diversos lados muchos ¡Ohit! ¡Ohit!

Aparece el principe Troubetskov, gran mariscal de la corte. Los músicos de la orquesta, vestidos con el uniforme de gala, rojo y oro, entonan una marcha triunfal, y la corte hace su entrada por la gran puerta del centro.

Primero avanzan los grandes puerodornos de la corte, conde E. Sievras, principes Sagarine y Galitzine; los chambelanes, condes Khepovitch, y Narychikine. Después los sencillos hombres de cámara, llevando el uniforme de gala de paño verde oscuro, en el cual toda la pechera está cubierta de un bordado de oro imitando las plumas de un pájaro. El cuello alto está bordado de igual manera. El pantalón blanco galoneado de oro; traje de seda, recargado y poco elegante.

El Czar lleva el uniforme verde oscuro de los generales rusos cubierto de trenucillas y bordados de oro. El pantalón, igualmente oscuro, es ligeramente ancho, a la rusa. En la cabeza un gorro de piel blanco. Este traje, bastante original, lo ha adoptado el Czar después de su adelantamiento al trono.

Los grandes duques llevan el uniforme de sus regimientos. El gran duque Vladimir, el de general de infantería. Es casi igual al del emperador. El gran duque Alexis, el de los almirantes rusos, azul oscuro con galones de plata. Este magnifico con su belleza varonil. El gran duque Sergio viste el uniforme de los condes de los Cazadores de la Guardia, es jefe del 2.º batallón; su uniforme es verde, bordado de oro.

El Emperador y los grandes duques llevan, ademas de la cruz de San Jorge, el cordón azul del Águila Blanca, el cordón Rojo de San Alejandro Nevski y la cinta roja listada de negro de la orden de San Vladimir.

La condesa de San Maistaid y de las altezas imperiales, con su varia confusión de uniformes de diversos colores, llenos de bordados de oro y plata, presentaban un deslumbrador golpe de vista.

Todo el mundo se inclina profundamente. Las estatuas colosales del Ozar y los grandes duques dan todavia mayor gracia y encanto a la sonriente emperatriz. La zarina, sin ser bella en un todo, llega a parecer por sus ojos grandes, brillantes y siempre sonrientes. Tiene un aspecto tal de luminosa juventud que se la creyera solo hermana del emperador que zarovitch Nicolas Alexandrovitch, su hijo mayor, de 17 años de edad. El joven principe viste el uniforme de los guardias de Volhania. Es el abate (jefe) de todas las tropas osacas. Este adolecente tiene mucho mas parecido con la familia real de Dinamarca, que con la poderosa raza de los grandes duques.

El vestido de la emperatriz, de una riqueza inaudita, es de raso ceras guarnecido de pieles de zibelin de un precio fabuloso. El velo desciende nebuloso de una diadema encantadora. El cuello, los brazos, el pecho, y aún la cintura, no son sino una cascada de diamantes. Hasta la orla de su vestido está sembrado de ellos. Se dice que el día de su coronación, la Czarina llevaba como treinta millones en pedrerías sobre su persona.

En seguida vienen Maria Pawlowna y Elisabeth Fedorovna, esposas de los grandes duques Vladimir y Sergio. La belleza de estas dos encantadoras jóvenes forman un contraste notable.

Una magnífica con su riqueza de formas, la otra repleta de los encantos del espíritu; aquella en la plenitud de sus vida, tiene treinta y dos años, esta apenas salida de la adolescencia.

Maria Pawlowna, lleva un maravilloso traje verde mar, obra maestra de Worth. Toda la delantera del vestido está bordada con piedras verdes, la cola del vestido es de damasco agua del Nilo. Las esmeraldas que hai allí forman una cascada de fuego. La princesa es fuerte, grande, sobria aun cuando la nariz sea ligeramente arregamada como la de la emperatriz y falte a sus rasgos una regularidad perfecta.

Elisabeth Fedorovna, de rostro tan correcto como el de una estatua de Fidias, o como una de esas imágenes pálidas de los milisales de la Edad Media, está vestida enteramente de negro. No se liase notar sino por los ojos, sus grandes ojos en los cuales brilla una llama conmovedora, albergue de la inteligencia y el pensar. Se dijera que esas fiestas le hacen daño y en ellas, apesar de la sencillez de su vestir, es el objeto de las miradas de todos. Da un ligero paso en falso, su escudero, el conserjero de corte, Martinov levanta un instante la pesada cola para desembarazar los pequeños pies de la joven princesa. Elisabeth Fedorovna, contrasta notablemente con la emperatriz que con dieciséis años mas que ella, anda siempre alegre, risueña, y lista para colgarse del brazo de un caballero de su agrado, y valsar durante dos horas sobre el piso suave del Palacio de invierno o de Natheina.

La Zarina y las grandes duquesas llevan en suspa la cinta roja listada de plata de la orden de Santa Catalina.

Los negros de la corte de Rusia, guardias heidnocs—particularidad muy estraña y pitoresca, se destacan como estatuas gigantes de ébano sobre el foudo de la sala. Georgianos jiguales, vestidos con sus trajes caucasicos guardan todas las salidas.

No hai mas de doscientas personas en esta escogida fiesta. El Emperador al pasar delante de los convidados habla poco. Es lacónico. Mientras que por el contrario la Czarina graciosa y amable conversa largamente con aquellos que conoce, el Czar se ve obligado a conversar a su mujer y deja ver en esos instantes lijeros movimientos de impaciencia.

Al comenzar el círculo, el cuerpo diplomático se halla a la derecha de los sobornados que la sociedad rusa al otro lado. En el círculo diplomático es particularmente honrado por sus Majestades, el general Appert, embajador de Francia. La emperatriz le habla a cada instante. El general Appert conversa largamente con el general de Schweinitz, embajador de Alemania, y el conserjero de valse preferido por la Zarina.

Los que están cerca de ellos han creído oír algunas palabras que indican que conversan de la eterna cuestion de los Balcanes, el estruendo de hoy día, y tambien de la carta del principe Alfredo, que según se dice llevó al Czar el general Knulbars, adicto militar de Viena.

Se puede desmentir enérgicamente todos los dichos fantásticos de una reconciliacion completa entre el Czar y el principe de Bulgaria. A lo mas, hai disposiciones induljentes por parte del Czar, apesar de la carta encuatorada enviada por el principe de Bulgaria a la Czarina para desearle felicidad en el nuevo año.

Ha sido tambien muy comentada en los círculos diplomáticos la lijera contrariedad que sufreria la Rusia por las relaciones entre Alemania y el Vaticano, y se habla mucho del envío a Rusia de M. Bouterneff con el fin de reanudar las relaciones de la Santa Sede con Rusia.

Esta brillante velada, terminó con una de esas cenas que solo se ven en la corte de esas cortes, entre los adornos mas orinales, realista sobre todo los narajares y palmiras, que se colocan en fila, y de tan inmensa altura, que esta larga línea de verdura proyecta agradable sombra sobre las cabezas de los convidados. Se creyera estar en un jardín oriental del palacio de Haroun al-Khanshild, Durante toda la cena, la orquesta de la corte hacia oír sus arrebatadoras melodías.

El vice-almirante Pusino y el contra-almirante, baron de Schilling, agregados a la casa del gran duque Alexis Alexandrovitch, mantienen agradable conversacion con Mme. Pilar de Pilehan, gran dama de honor de la mas joven de las altezas imperiales, la gran duquesa Serge.

Entre las hileras de sillas, de pie, o yendo y viniendo, están los invitados que esperan la llegada de la corte. Todos los dignatarios de las ordenes civil y militar, se hallan presente con sus señoras, y con ellas las damas del gran mundo entre las cuales se hacen notar la princesa Maria Wizienki y la hermosa condesa de Beunhamais, mujer del principe de Seuchtemberg.

De repente, se oyen por diversos lados muchos ¡Ohit! ¡Ohit!

Aparece el principe Troubetskov, gran mariscal de la corte. Los músicos de la orquesta, vestidos con el uniforme de gala, rojo y oro, entonan una marcha triunfal, y la corte hace su entrada por la gran puerta del centro.

Primero avanzan los grandes puerodornos de la corte, conde E. Sievras, principes Sagarine y Galitzine; los chambelanes, condes Khepovitch, y Narychikine. Después los sencillos hombres de cámara, llevando el uniforme de gala de paño verde oscuro, en el cual toda la pechera está cubierta de un bordado de oro imitando las plumas de un pájaro. El cuello alto está bordado de igual manera. El pantalón blanco galoneado de oro; traje de seda, recargado y poco elegante.

El Czar lleva el uniforme verde oscuro de los generales rusos cubierto de trenucillas y bordados de oro. El pantalón, igualmente oscuro, es ligeramente ancho, a la rusa. En la cabeza un gorro de piel blanco. Este traje, bastante original, lo ha adoptado el Czar después de su adelantamiento al trono.

Los grandes duques llevan el uniforme de sus regimientos. El gran duque Vladimir, el de general de infantería. Es casi igual al del emperador. El gran duque Alexis, el de los almirantes rusos, azul oscuro con galones de plata. Este magnifico con su belleza varonil. El gran duque Sergio viste el uniforme de los condes de los Cazadores de la Guardia, es jefe del 2.º batallón; su uniforme es verde, bordado de oro.

El Emperador y los grandes duques llevan, ademas de la cruz de San Jorge, el cordón azul del Águila Blanca, el cordón Rojo de San Alejandro Nevski y la cinta roja listada de negro de la orden de San Vladimir.

La condesa de San Maistaid y de las altezas imperiales, con su varia confusión de uniformes de diversos colores, llenos de bordados de oro y plata, presentaban un deslumbrador golpe de vista.

Todo el mundo se inclina profundamente. Las estatuas colosales del Ozar y los grandes duques dan todavia mayor gracia y encanto a la sonriente emperatriz. La zarina, sin ser bella en un todo, llega a parecer por sus ojos grandes, brillantes y siempre sonrientes. Tiene un aspecto tal de luminosa juventud que se la creyera solo hermana del emperador que zarovitch Nicolas Alexandrovitch, su hijo mayor, de 17 años de edad. El joven principe viste el uniforme de los guardias de Volhania. Es el abate (jefe) de todas las tropas osacas. Este adolecente tiene mucho mas parecido con la familia real de Dinamarca, que con la poderosa raza de los grandes duques.

El vestido de la emperatriz, de una riqueza inaudita, es de raso ceras guarnecido de pieles de zibelin de un precio fabuloso. El velo desciende nebuloso de una diadema encantadora. El cuello, los brazos, el pecho, y aún la cintura, no son sino una cascada de diamantes. Hasta la orla de su vestido está sembrado de ellos. Se dice que el día de su coronación, la Czarina llevaba como treinta millones en pedrerías sobre su persona.

En seguida vienen Maria Pawlowna y Elisabeth Fedorovna, esposas de los grandes duques Vladimir y Sergio. La belleza de estas dos encantadoras jóvenes forman un contraste notable.

Una magnífica con su riqueza de formas, la otra repleta de los encantos del espíritu; aquella en la plenitud de sus vida, tiene treinta y dos años, esta apenas salida de la adolescencia.

Maria Pawlowna, lleva un maravilloso traje verde mar, obra maestra de Worth. Toda la delantera del vestido está bordada con piedras verdes, la cola del vestido es de damasco agua del Nilo. Las esmeraldas que hai allí forman una cascada de fuego. La princesa es fuerte, grande, sobria aun cuando la nariz sea ligeramente arregamada como la de la emperatriz y falte a sus rasgos una regularidad perfecta.

Elisabeth Fedorovna, de rostro tan correcto como el de una estatua de Fidias, o como una de esas imágenes pálidas de los milisales de la Edad Media, está vestida enteramente de negro. No se liase notar sino por los ojos, sus grandes ojos en los cuales brilla una llama conmovedora, albergue de la inteligencia y el pensar. Se dijera que esas fiestas le hacen daño y en ellas, apesar de la sencillez de su vestir, es el objeto de las miradas de todos. Da un ligero paso en falso, su escudero, el conserjero de corte, Martinov levanta un instante la pesada cola para desembarazar los pequeños pies de la joven princesa. Elisabeth Fedorovna, contrasta notablemente con la emperatriz que con dieciséis años mas que ella, anda siempre alegre, risueña, y lista para colgarse del brazo de un caballero de su agrado, y valsar durante dos horas sobre el piso suave del Palacio de invierno o de Natheina.

La Zarina y las grandes duquesas llevan en suspa la cinta roja listada de plata de la orden de Santa Catalina.

Los negros de la corte de Rusia, guardias heidnocs—particularidad muy estraña y pitoresca, se destacan como estatuas gigantes de ébano sobre el foudo de la sala. Georgianos jiguales, vestidos con sus trajes caucasicos guardan todas las salidas.

No hai mas de doscientas personas en esta escogida fiesta. El Emperador al pasar delante de los convidados habla poco. Es lacónico. Mientras que por el contrario la Czarina graciosa y amable conversa largamente con aquellos que conoce, el Czar se ve obligado a conversar a su mujer y deja ver en esos instantes lijeros movimientos de impaciencia.

Al comenzar el círculo, el cuerpo diplomático se halla a la derecha de los sobornados que la sociedad rusa al otro lado. En el círculo diplomático es particularmente honrado por sus Majestades, el general Appert, embajador de Francia. La emperatriz le habla a cada instante. El general Appert conversa largamente con el general de Schweinitz, embajador de Alemania, y el conserjero de valse preferido por la Zarina.

Los que están cerca de ellos han creído oír algunas palabras que indican que conversan de la eterna cuestion de los Balcanes, el estruendo de hoy día, y tambien de la carta del principe Alfredo, que según se dice llevó al Czar el general Knulbars, adicto militar de Viena.

Se puede desmentir enérgicamente todos los dichos fantásticos de una reconciliacion completa entre el Czar y el principe de Bulgaria. A lo mas, hai disposiciones induljentes por parte del Czar, apesar de la carta encuatorada enviada por el principe de Bulgaria a la Czarina para desearle felicidad en el nuevo año.

Ha sido tambien muy comentada en los círculos diplomáticos la lijera contrariedad que sufreria la Rusia por las relaciones entre Alemania y el Vaticano, y se habla mucho del envío a Rusia de M. Bouterneff con el fin de reanudar las relaciones de la Santa Sede con Rusia.

Esta brillante velada, terminó con una de esas cenas que solo se ven en la corte de esas cortes, entre los adornos mas orinales, realista sobre todo los narajares y palmiras, que se colocan en fila, y de tan inmensa altura, que esta larga línea de verdura proyecta agradable sombra sobre las cabezas de los convidados. Se creyera estar en un jardín oriental del palacio de Haroun al-Khanshild, Durante toda la cena, la orquesta de la corte hacia oír sus arrebatadoras melodías.

El vice-almirante Pusino y el contra-almirante, baron de Schilling, agregados a la casa del gran duque Alexis Alexandrovitch, mantienen agradable conversacion con Mme. Pilar de Pilehan, gran dama de honor de la mas joven de las altezas imperiales, la gran duquesa Serge.

Entre las hileras de sillas, de pie, o yendo y viniendo, están los invitados que esperan la llegada de la corte. Todos los dignatarios de las ordenes civil y militar, se hallan presente con sus señoras, y con ellas las damas del gran mundo entre las cuales se hacen notar la princesa Maria Wizienki y la hermosa condesa de Beunhamais, mujer del principe de Seuchtemberg.

De repente, se oyen por diversos lados muchos ¡Ohit! ¡Ohit!

Aparece el principe Troubetskov, gran mariscal de la corte. Los músicos de la orquesta, vestidos con el uniforme de gala, rojo y oro, entonan una marcha triunfal, y la corte hace su entrada por la gran puerta del centro.

Primero avanzan los grandes puerodornos de la corte, conde E. Sievras, principes Sagarine y Galitzine; los chambelanes, condes Khepovitch, y Narychikine. Después los sencillos hombres de cámara, llevando el uniforme de gala de paño verde oscuro, en el cual toda la pechera está cubierta de un bordado de oro imitando las plumas de un pájaro. El cuello alto está bordado de igual manera. El pantalón blanco galoneado de oro; traje de seda, recargado y poco elegante.

El Czar lleva el uniforme verde oscuro de los generales rusos cubierto de tren